

PARADIGMA DEL GOTICO

Vino una vez un siglo
y se encontró a Toledo,
la ciudad de los moros,
vestida de arabescos,
alfanjes, medias lunas,
y soñando en la orilla
del Tajo verde y gris
que la arrullaba —niña—,
soñando en un paisaje
lejano y oriental.

Todas las tardes iba
a su orilla a soñar;
y el río que lo supo
la hizo eterna ribera
de su corriente turbia
para poder mecerla
en sus ondas, cantando
una nana divina.

—Toledo, la arabesca,
es hoy una península
en el paisaje recio
del mapa castellano—.

Vino una vez un siglo
y la vió junto al Tajo
soñando en un paisaje
lejano y oriental
y la quiso en la orilla
del agua bautizar
para poner al lado
del alfanje una espada
que tenga filo y cruz.
Quiso hacerla cristiana
para colgar la luna
en las noches del cielo
como una estalactita
que descende del techo.
Quiso hacerla cristiana
para hacer de sus calles
angostas, tortuosas,
históricas y amables,
mil sendericos grises
mimados por la luna,
«de frente o de perfil»,
que no acabasen nunca.

Y en cada esquina oscura
del largo laberinto
quiso poner un templo
de cal y de granito;
un templo con su cúpula,
sus torres, su espadaña,
en un estilo gótico
que sube y se levanta
como una estalagmina
en verticalidad
para bascar a Dios
y con El dialogar.

Un templo como un bosque
de mártires y santos

que con el hombre crucen
los espaciosos claustros.

Un templo donde rezan
los ojos de los fieles
sin pronunciar palabra
y donde reverdecen
paisajes humanistas
llenos de amor y vida:
los bosques con sus fieras,
los niños con sus risas,
los cielos con sus aves.

Un templo que no pinta,
que escribe en sus vidrieras
con luz la teología.

Un templo que supera
la historia, y la trasciende;
que se acerca a la roca,
la golpea y la vence.

¡Ah! La historia no existe
por la piedra, que es fría
sin vida ni calor.
La historia es una vida,
una insistencia tierna;
es una comunión
con el artista grande
que derrocha su amor.

El cincel sólo rompe;
no crea, que transforma
sólo una piedra en otra.
El cincel no hace historia
porque su golpe es seco
como el de un leñador
y no tiene su ruido
sonido ni canción.

Es el hombre, el artista,
el histórico «logos»,
el único que supo
en este suelo moro
bautizar a la niña
de las turbias riberas,
del paisaje oriental;
y recrear la piedra
y darla el martillazo
en medio de la frente
para que comenzase
a vivir para siempre.

¡Qué tristes que seríamos
sin piedra que labrar,
sin lienzo en que pintar
nuestra obra inmortal!

¡Y qué tristes las voces
sin papel que escribir,
sin tiempo en que cantar!
Qué tristes, ¡ay! Que sí.

El artista que crea
es el único histórico
porque reúne en una
gramática de logos
los tres tiempos del verbo.

Vino una vez un siglo
y bautizó a Toledo
para dar un sentido
a sus cinco sentidos.
Artistas, para que
dejando mil «vacíos»
no resbale el cincel,
para que el tiempo pase
sin ensuciar la piedra
por dentro, para que
la piedra avance y sea
y se cumpla y se quede;
no sea circular
como el mito de Osiris
o el misterio oriental,
sino alargada, inmensa,
ebria de progresión,
poned en vuestro gesto
un poco de calor.
Y cread para siempre,
cread en ojival,
ojivalmente flecha
que suba sin parar
lanzada al infinito,
al resumen histórico.

Toledo sigue siendo
un ser escatológico
contra la distensión
muda de su granito
que intenta destruir.

Vino una vez un siglo.
Cristianizó a Toledo:
¡La Catedral, S. Juan!
Sin estas obras vivas
el estilo ojival
sería, aquí en Toledo,
algo por existir,
una ilusión perdida
sin madurar al fin.

Un siglo que encontró
soñando en las riberas
del Tajo verde y gris
a una mora princesa
y vertió en su cabeza
un chorro de cristal
y la dejó cristiana
sin ganar de soñar
en lejanos paisajes,
ese la dió el sentido
suprahistórico, eterno
de todos sus sentidos.

FR. VICTORIANO CHICO
Franciscano
(San Juan de los Reyes).